

# UNA NUEVA LUZ PARA LA IGLESIA

Alberto Monteagudo / Editorial De Colores.□  
Vicente López 228 – Quilmes Oeste – (1879)□  
Buenos Aires – Argentina□  
E-mail: [info@editorialdecolores.com.ar](mailto:info@editorialdecolores.com.ar)□  
Web: [www.editorialdecolores.com.ar](http://www.editorialdecolores.com.ar)□

□

□

Queda hecho el depósito que previene la Ley.□

□

□

Impreso en Argentina – Printed in Argentina.□

**MADRE M<sup>a</sup> DE LA CONCEPCIÓN  
DE S. JAIME Y STA. TERESA  
CARMELITA DESCALZA  
(1905-1999)**

UNA NUEVA LUZ PARA LA IGLESIA

Monasterio de Santa Teresa

Mallorca

© Monasterio de Santa Teresa  
de Palma. Mallorca

ISBN: 978-987-96144-3-3

Impreso por:  
Gráfica en Acción *Imprenta y Servicios*  
Av. Belgrano 1462  
C1093AAP - Ciudad de Buenos Aires  
4137-5449 / 5525  
geaccion@velocom.com.ar

Nihil obstat:

Don Llorenç Alcina Rosselló, censor

Imprimatur:

Don Lluch Riera Coll, Vicario General

Palma, 18 de abril de 2007

## Nota a la edición argentina

El pequeño libro que tienes en tus manos -*Una nueva luz para la Iglesia*- es suficientemente revelador y no lleva presentación de sus providenciales autores, M. María Rosa del Niño Jesús y San José, Priora de las Carmelitas descalzas del Monasterio de Santa Teresa de Palma de Mallorca (España), Selina Bustamante Porras-Ysla y Manuel Oliver Moragues. Vamos a encontrarnos en esta pequeña obra con una vida que se transformó en esplendorosa y que en su vocación de ofrenda se muestra como un ejemplo esperanzador para todos.

Las monjas del Convento han creído, muy oportunamente, que el conocimiento de la Madre Concepción, su radical ejemplo, puede ayudar a toda clase de personas a abrirse a la confianza en Cristo y a la paz interior que procura la esperanza en Él

La luz de la Madre Concepción es reflejada por sus hermanas del Carmelo y por aquellos que tuvieron ocasión de tratarla. Esa luz, merece ser proyectada a quienes no la conocieron. Por eso, compartimos un testimonio de la comunidad de las Carmelitas, en el que se manifiestan las virtudes de la Madre y la lección que a todos aprovecha: A obispos, personas de gobier-

no y padres de familia...etc., pues se ceñía a la verdad, sin miedo a la persecución, con total libertad de espíritu, sin disimulación; a personas consagradas, pues vivía su consagración sin rebajas, como obsequio a Jesucristo; a jóvenes, pues a los 23 años renuncia a fiestas, lujos, riquezas, incluso a sí misma; a personas adultas, con su constante y despierto sentido trascendente, sin cansancio; a personas mayores, pues vive con mayor pujanza a medida que se acerca el fin (*No puedo perder ni un minuto*); a personas sanas y enfermas, pues no hace problema de su falta de salud; a casados, enseñando a elevar la mirada a Dios ante el otro cuando disgusta (*¡Jesús, qué feo te has disfrazado!*), el amor que no se cansa.

Aquí tenemos un testimonio simple, como son simples las cosas del Señor, y por lo mismo providencialmente valioso para quienes tenemos la ocasión de conocerlo y apreciarlo, como sucedió en Mallorca (España) con la aparición de la primera edición de *Una nueva luz para la Iglesia*, en junio de 2007.

Buenos Aires, a los 7 días del mes de Febrero [ de 2008, en la conmemoración del 9º aniversario de [ la partida al cielo de la Madre Concepción. □

□

El editor [

## **Preámbulo**

Su Santidad Benedicto XVI, en el mes de mayo de 2006, recordaba a los Superiores Mayores de las órdenes y congregaciones religiosas que “la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”. Y añadía: “Pertener totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza”.

La Madre María de la Concepción de San Jaime y Santa Teresa, que vivió setenta años en el Monasterio de las Carmelitas Descalzas de Palma de Mallorca (1928-1999), me parece un modelo acabado de esta orientación del Papa para nuestro tiempo, un estímulo para todos, una nueva luz para los religiosos y para la

Iglesia, en el octavo aniversario de su muerte. He aquí una prueba, más allá que de una vida virtuosa, de la vivencia del amor de Cristo y el amor a Cristo, y con él al prójimo.

Su programa monacal ha sido hacer siempre su voluntad, pues no era otra que hacer siempre la de Dios, y su método el vivir guardando la regla y constituciones del Carmelo, con esfuerzo progresivo, “sin mitigación hasta la muerte”.

Es cierto que su vivencia carmelitana ha conmovido a no pocas personas, de dentro y fuera del claustro. Pero además, como Priora y Madre Maestra, su potestad de enseñar ha supuesto un constante compromiso para la comunidad, siendo genuina servidora del Evangelio y fiel garantía para las Carmelitas Descalzas.

En el octavo aniversario de su muerte,  
Madrid 1 de marzo de 2007.



*Francisco, Card. Álvarez Martínez*

✽ FRANCISCO, CARD. ÁLVAREZ MARTÍNEZ  
Arzobispo Emérito de Toledo

## I MARÍA EN SU SIGLO

María de la Concepción nació el 25 de abril de 1905 en la ciudad de Palma de Mallorca. Fue bautizada el día siguiente en la parroquia de Santa Eulalia. Era la primogénita de unos padres piadosos, de familias de renombre: Jaime de Oleza y de España y M<sup>a</sup> de la Concepción Gual de Torrella y de Villalonga. Su padre era militar y el cabeza de su linaje, y su madre hija de otra casa principal de la ciudad de Palma.

Eran ambos muy marianos y devotos del Sagrado Corazón de Jesús. Pusieron a sus ocho hijas el nombre de María, y al único varón le llamaron Mariano. Murió en 1938, a los veintiún años, en la guerra civil española. Se había alistado voluntariamente como alférez y en el paso del río Cubilar del frente de Extremadura pereció ahogado junto al cabo a quien auxiliaba.



María disfrazada de menina.

María hizo la primera comunión a los siete años. Las costumbres de su casa eran muy pías y llenas de veneración a los mayores. Todas las tardes, la familia entera, incluido el servicio, rezaba el rosario. Lo dirigía su abuelo, y tras morir éste su padre.

Las tres hijas mayores nunca fueron al colegio. Se educaron con institutrices que se ocupaban de ellas durante las mañanas. Las tardes eran de recreo entre ellas o con sus primos.

Desde muy niña hizo sentir su genio y su tozudez. Lo mantuvo durante su adolescencia y primera juventud. Era la mayor de sus hermanos, pronta en imponer su voluntad constantemente. Además era muy perezosa, lo que aumentaba su propensión a mandar. Le costaba un esfuerzo enorme levantarse por la mañana, tanto que hasta que no oía la campana del profesor de pintura llamando a la puerta, no saltaba de la cama. Lo que el profesor tardaba en subir la escalera, era el tiempo que empleaba ella para vestirse. Simulaba luego que había esperado levantada desde hacía rato. Tenía grandes dotes para la pintura, por eso le habían puesto bajo la instrucción del afamado pintor retratista y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia Vicente Furió. La inició en la copia de bodegones.

Pronto perdió la paciencia en su ejercicio y quiso comenzar a pintar retratos. María creyó percibir que el maestro, por celos, se resistía a perfeccionarla en su destreza para el retrato, no fuera cosa que llegase a competir con él. Llegó a suponer que no quería enseñarle más.

Era tan perezosa para levantarse como inquieta. Terminada la lección de pintura no tenía la paciencia de limpiar la paleta y los pinceles. Muchas veces los tiraba para ahorrarse el trabajo y compraba otros nuevos para la clase siguiente.

Un día, rondando los veinte años, le extrañó al profesor un acto simple: María limpiaba los pinceles con paciencia y los dejaba cuidadosamente preparados para la próxima sesión. La novedad, tan trivial, le hizo concluir que algún cambio importante se estaba produciendo en ella. Hasta que manifestó su transformación “no era humilde, sino más bien orgullosa y cuando se la reprendía no contestaba. Estiraba el cuello con aires de superioridad haciendo ver que no cambiaba de opinión”. Así hablan sus hermanas de ella.

Una de sus grandes aficiones era la lectura. Muchas veces, cuando debía cuidar de su hermana pequeña y ahijada, para poder leer tranquila recurría a una treta:

encargaba al servicio que le subiera azúcar a su habitación y con él hacía una muñeca a modo de chupete. Mientras la niña se concentraba en la golosina, ella colocaba los dedos índice y medio sobre sus ojos para inducirla más rápidamente al sueño y así quedar libre para la lectura. Los dientes de su ahijada se echaron a perder.

María se puso de largo a los dieciséis años. Consistía la fiesta en recogerse el cabello en un moño, calzar con tacones y enjorarse. A partir de ese momento comenzó a frecuentar fiestas, el teatro, la zarzuela, la ópera. Era de mediana estatura, de tez muy fina y blanca. Tenía los ojos azules y el cabello rojizo. Una vez asistió a un baile vestida de Menina y para encontrarle tirabuzones del color de su pelo se vieron en muchos apuros.

María disfrutaba mucho los veranos en las espléndidas fincas de la familia. Por las tardes solía jugar al tenis con amigos y parientes en una de ellas. “Corp Marí” era el nombre de otra casa familiar de recreo junto al mar, y allí también disfrutaba mucho practicando la natación. Además era aficionada a montar a caballo. Éste era su deporte preferido. Montaba muy bien a la amazona y llegó a ganar algún concurso de sal-

tos que se organizaba entre amigos. Montaba tan bien y tenía tanta fama de intrépida que le propusieron participar de extra cabalgando y saltando en la película *Flor de Espino* (1925). Fue éste un largometraje pionero del cine español, una comedia de crónica social donde María muestra sus dotes en equitación.



María, experta jinete, montando a la amazona.

A los veintiún años viajó con su madre a Roma. La ocasión les vino gracias al dinero de una venta que emplearon en darse un capricho. Fue un “tour” de recreo y de edificación, muy propio de aquellas familias. Visitaron las catacumbas, los lugares santos, pasearon por las calles de Roma y fueron recibidas por el Papa. La audiencia fue colectiva, ellas iban de riguroso negro, tocadas con peineta y una preciosa mantilla. El Papa les dio la Bendición Apostólica y les concedió indulgencia plenaria “in articulo mortis”, aun para el caso de no poder comulgar ni confesar, previo acto de contrición que pronunciase con la boca o de corazón el nombre santísimo de Jesús. La indulgencia también alcanzaba a toda su familia. Visitaron en Venecia a un monje trapense muy allegado a sus abuelos, oriundo de Petra y entroncado con la familia del beato Junípero Serra (1713-1784), el fundador de misiones en California.

Paseando por los escaparates de Roma vieron un rico encaje. María quedó prendada por aquella finura, tanto que pidió a su madre que se lo comprase para el día de su boda. La madre esquivó la petición respondiendo que se lo compraría si le gustare el novio.

Cuando María contaba veintidós años, en la cuaresma de 1927, se predicó una misión en Palma.

Estuvo a cargo de los padres jesuitas, franciscanos, misioneros de los Sagrados Corazones y capuchinos, que se distribuyeron entre la Catedral y las cuatro grandes parroquias de la ciudad. Muchas vocaciones sembró esta célebre misión. Comenzaba con el rosario de la aurora a las cinco y media de la mañana. María quiso asistir, pero se conocía bien y sabía que levantarse a esas horas era imposible para ella. Acudió a la Virgen Santísima y le pidió de corazón que le ayudara a madrugar. La Virgen le concedió en aquel momento la gracia de levantarse temprano y puntualmente. Desde entonces jamás llegó tarde a ningún sitio. Así comenzó la misión, con este rosario y con esta gracia. Pero tuvo efectos mayores. Distintas predicaciones, entre otras las del padre Iniesta, jesuita, le impresionaron grandemente. En aquellos días descubrió con gran alegría su vocación religiosa.

Tan sólo transcurrieron veinte meses desde aquella vivencia interior hasta que entró en el Carmelo. Durante ese tiempo continuó su vida doméstica, pero con actitud muy distinta. Poco a poco sus hermanas y todos los de su alrededor se fueron dando cuenta de la transformación de María, y de que la causa de ese cambio era muy poderosa. La primera persona a quien con-

fió el secreto de su vocación fue su madre. Pero durante estos veinte meses no todo le fue fácil a María, tuvo sus caídas y contrariedades.

Decidió no ir más a fiestas o actos mundanos. Una de sus hermanas, que solía acompañarla en sociedad, enseguida la sintió distinta y comenzó a sospechar que María pensaba en ser monja. También su hermana menor, a la que enseñaba catequesis, percibió lo mismo al ver las nuevas reacciones de María. Cuando la pequeña se colgaba de ella y le quitaba las horquillas del moño, María siempre se enfadaba y le propinaba una buena reprimenda; pero de repente, de un día para otro, no reaccionaba a la travesura. Cuando, una vez más, le descomponía el peinado, ya no se disgustaba, sino que con una infinita paciencia la corregía dulcemente.

## II CAÍDA Y GRACIA

Habiéndosele invitado a una gran fiesta, María, en su firme propósito de retirarse de lo mundano, mantuvo su negativa a asistir. Pero su abuela, ilusionada en el lucimiento de María, le mostró una preciosa tela de lama de plata con la que pensaba hacerle unos zapatos

para la ocasión. María, prendada por la tela, aceptó sin perder un segundo en recordar su propósito. Y fue a la fiesta.

Este hecho, en apariencia tan nimio, marcó para siempre su vida. Se percató enseguida de cuán endebles podían ser sus más firmes propósitos, de que con su solo esfuerzo nada cabía esperar de ellos. Fue para ella como recibir una gracia definitiva. Le fue concedida desde entonces una humildad de corazón tan profunda y tan sincera que le hizo comprender claramente la verdad de las palabras de Jesús “Sin mí no podéis hacer nada”. Desde aquel momento aprendió a no dar un solo paso, ni hacer un solo propósito sin contar explícitamente con el Corazón de Jesús. Siempre, desde entonces, a la hora de hacer cualquier propósito añadiría con humildad sincera: *Se tú, Corazón de Jesús, quien me lo haga cumplir*. Sabía que sin su ayuda a nada podía llegar.

Cuando dijo a su padre que quería ser carmelita, la envió a hablar con el padre Martín de Jesús María, carmelita descalzo, para asegurarse de que lo que sentía era verdadera vocación religiosa. Este fraile era el fundador y primer prior del convento de los frailes carmelitas descalzos de Palma (1923), ciudad que antes sólo había



María en traje de gran gala, un año antes de entrar en el Carmelo.

conocido a los calzados. Después de hablar con ella, el padre Martín le explicó a su padre: – “No sólo la vocación de su hija es auténtica, sino que también le puedo asegurar que muy pronto la harán priora”. Más adelante, cuando este pronóstico se hizo realidad, el padre Martín comentó: – “Lo que dije en su día no era ninguna profecía. Saltaba a la vista que era una joven con muy buenas disposiciones y que prometía mucho.”

Pero también hubo quien intentó desanimarla. Un sacerdote que la conocía, al enterarse de que deseaba entrar en el Carmelo le advirtió: –“Mira que a una señorita como tú, la comunidad se la comerá a picotazos. Te harán la vida imposible”. A lo que ella, con mucha gracia, replicaba cuando contaba esta anécdota casi al final de su vida: *A mí nunca nadie me ha picado.*

No conocemos explícitamente el cambio que se operó en su alma en el camino hacia la clausura del Carmelo. Quedó constancia de la transformación de su rostro en algunas fotos posteriores a su conversión. En ellas irradia una paz y una pureza que se transmiten calladamente.

### III ENTRADA EN EL CARMELO

El 24 de octubre de 1928, día de san Rafael, María entró en el Carmelo. Tenía 23 años. Escogió este día para que el arcángel le guiara en el camino. Su padre, militar, no reunió el valor suficiente para acompañar a su hija a las puertas del convento. Le acompañaron su madre y algunas de las hermanas. Pero su padre, antes de que saliera de casa para siempre aquella hija mayor, con la gravedad marcial del sentido del deber le dijo: –“Si no es para ser santa, no habría por qué dejarnos.” Estas palabras las guardó en su corazón, y fueron un constante acicate cada día de su vida. La responsabilizaron para siempre. Fueron palabras a las que se aplicó ya con obediencia filial antes de los votos.

Día 25 de abril de 1929, el de su veinticuatro cumpleaños, se revistió a María con el santo hábito de la Virgen. Ella hubiese deseado tomar por nombre el de María Teresa del Corazón de Jesús, sin embargo, le fue impuesto el de María de la Concepción de San Jaime y Santa Teresa, en atención a sus padres.

Las primeras lecciones de la madre maestra fueron para disponerla a no ir tras la voluntad propia: “Siempre tienen que hacer lo contrario de lo que quieran hacer”,

decía a las novicias. La hermana Concepción ante este aviso razonaba interiormente diciéndose: *Siempre haré lo que yo quiera; porque no quiero hacer nunca nada más que la voluntad de Dios.* En una ocasión la madre maestra la mandó a descansar mientras la comunidad permanecía en el coro. Esta disposición le disgustó a la hermana Concepción, pues desde que entró en convento tenía la voluntad de no escatimar ningún sacrificio al Corazón de Jesús. Pidió a la maestra que le permitiese quedarse en el coro, y se le negó de nuevo. La novicia se avino con este razonamiento: *¿Al cuerpo qué es lo que más le conviene: quedarse en el coro o ir a dormir? Ir a dormir. ¿Y al alma qué es lo que más le conviene: obedecer o hacer su propia voluntad? Obedecer.* Se fue contenta y confiada a dormir, sabiendo que en la voluntad de la maestra cumplía la de Dios. Y no discurrió más.

Durante la etapa del noviciado recibió una gracia mística muy señalada que nunca quiso explicitar. Lo más que se alcanzó a saber sobre esta gracia es que se trataba de algo interior muy intenso, algo similar al fuego de amor que recibió santa Teresita. En ese momento aventajado de gracia, ella le dijo a Dios que quería vivir de pura fe, y le pidió muy encarecidamente que todos los goces se los diese en el cielo y no le ade-

lantase ninguno en la tierra, como queriendo que toda su vida fuera una cuaresma, un identificarse con Cristo y una aportación a su pasión.

#### IV PRIMEROS AÑOS DE CARMELITA

Desde el primer momento acogió como propias todas las novedades de la vida conventual. Nada sorprendía a su predisposición de entrega absoluta. Se impuso a sí misma la consigna de obrar de tal manera que todas pudieran hacer lo que ella. Su fórmula de discernimiento para decidir sus actos era simplemente preguntarse qué bien recibiría la comunidad si todas las hermanas obraran como ella.

No se cansaba de agradecerle a Dios su vocación. *Si tuviera que elegir mil veces, mil veces elegiría lo mismo*, escribió en una ocasión a una tía suya.

El 26 de abril de 1930, –eligiendo entonces el aniversario de su nacimiento a la gracia bautismal, día siguiente al de su cumpleaños–, emitió los votos temporales por un trienio. Pasados los tres años, en el mismo día, emitió los votos solemnes, *sin mitigación*

*hasta la muerte*, como le gustaba repetir. Este compromiso lo repetiría muchísimas veces, sobre todo cuando, ya anciana, se le pretendía dar algún remedio. Entonces repetía indefectiblemente: *Cuando profesé lo hice sin mitigación, hasta la muerte*. Así pues, no permitía que se la aliviase en nada.

Uno de sus primeros oficios fue el de ayudante de la sacristía. La sacristana era una hermana enérgica, emprendedora y laboriosa. Mandó a la hermana Concepción que, durante el tiempo libre de ejercicios espirituales y jornadas de retiro, confeccionase flores y ramos de papel para adornar los altares. La hermana Concepción pensaba que el tiempo que podía dedicar a meditar pláticas se iba a desperdiciar en aquella labor trivial y poco necesaria, según su parecer. Interiormente le costó obedecer, pero se entregó a aquella tarea con todo el amor que le fue posible pensando, una vez más, que obedecer a la sacristana era también seguir la voluntad de Dios. Y resultó, según contaba para aleccionar, que hacerlo no sólo no le supuso ningún sacrificio, sino que disfrutó enormemente. Así aprendió a hacer las cosas con mirada de fe y gozo de actitud, viendo la voluntad de Dios en todo lo que se le mandaba, a vivir en la confianza serena y alegre del carisma del

Carmelo. Fuera ante hermana joven, sin autoridad, o ante hermana con algún cargo en el monasterio, era pronta en cumplir cualquier requerimiento. Y por la misma actitud procuraba ser ciega a los errores de sus hermanas en el ejercicio de sus oficios. Era cumplidora y confiada hasta la suspensión del juicio propio. Una monja celante le advirtió de la norma antigua de recogerse el hábito para entrar en el cuarto de las bacinas. Aquella estancia había cambiado de uso y habíase perdido el sentido del enfaldarse. Sin embargo, la madre Concepción cumplió siempre aquella orden como el primer día, sin someterla a más razón que la de su voluntad entregada. Así lo continuó, hasta que una nueva priora, pasados muchos años, la eximió de su cumplimiento.

Una vez profesada le asignaron una celda en la planta principal. Le parecieron pocos los clavos que tenía la puerta en el interior de la celda para colgar sus enseres. Pensó pedir permiso para poner algunos más, pero decidió conformarse con la celda tal como estaba dispuesta. Y, efectivamente, le fueron suficientes. Al fin de sus días contaba a sus hermanas este estreno de la celda argumentando, con la mayor sencillez de espíritu, que ante cualquier idea o manera que contrariara la propia,

bastaba probarla para verla conveniente. Era éste un hecho trivial que expresaba, sin embargo, la amplitud de sus votos de pobreza y obediencia en su amor sin condiciones a Cristo.

## V CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Dios concedió a la madre Concepción vivir, casi enteramente, el primer siglo del mundo consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, pues murió el año del centenario de la encíclica con que León XIII consagró la Historia y el Hombre a la “infinita caridad de Cristo”, representada en su Corazón. La madre Concepción se consagró personalmente el 8 de septiembre de 1939. Dejó escrito aquel día:

*Madre mía Inmaculada, quiero ser toda del Corazón de Jesús, pero siendo tú mi madre no quiero dar un solo paso sin Ti... Corazón de Jesús... quiero ser tuya por completo y para siempre.*

*Acepto gustosa este pacto que deseas tan dulce y tan honroso de cuidar Tú de mí, y yo de Ti... Aunque me*

*mates en Ti esperaré y de Ti me fiaré... Quiero, Dios mío, olvidarme por completo de mí misma y de todo interés propio y fiarme en absoluto de Ti, descansando con paz segura y tranquila en tu dulce providencia...*

*Propongo hacer todo cuanto pueda para no tener más ideal en la tierra ni en el cielo que tus intereses santos. Trabajar porque reines en todos los corazones... Oración, lo más constante que pueda pidiendo tu reinado en todas partes y a todas horas... y en todas las ocupaciones diarias.*

*Sacrificio pasivo... porque reines... Sacrificio activo con penitencias externas y vencimientos internos... la mortificación continua... Actos de virtud, cumpliendo con esmero los deberes de cada instante, dando muy buen ejemplo, pero sin llamar la atención en nada...*

*Quiero hacer lo posible con sufrimientos, plegarias y sacrificios, vida santa, apostolado para reparar tu honor y gloria divinas y restituirles según mi pequeñez y miseria el lustre y esplendor que tienes tan merecido...*

*Todo lo espero de Ti y de mí ya no espero nada y me alegro que así sea, a fin de que eternamente conste que toda la gloria es tuya y a mí no se debe cosa alguna.*

Vivió esta consagración en acto continuo, a lo largo de toda su vida, con una generosidad creciente que le suplía cualquier cansancio o pereza. Nos solía repetir: *El amor no se cansa, y si se cansa no es amor.*

No pensando en sí, sino en los demás por amor a Jesús, fue como aprendió a no quejarse de nada ni de nadie, a no reclamar nada, a no excusarse nunca, a no hablar de su familia, a repetir en su interior: *No tiene el hombre ningún bien de que alabarse.* Cuando traspasaban la clausura ecos de algún entredicho externo que pudiera apesadumbrar a la comunidad decía en su seguridad y madurez: *Hay que estar contentos de que piensen bajamente de nosotros.* O bien: *Si piensan mal de nosotros, mejor.* Lo decía sin la menor arrogancia, al contrario, necesitada, por su amor a Cristo, de humillar cualquier mérito, y tranquilamente confiada en Él, que había humillado su majestad. Recién entrada, cuando la pasearon por el monasterio para presentarle su definitiva morada, le mostraron lo que había sido antigua prisión del convento, la estancia donde se castigaba a novicias o monjas díscolas. Y fue su pensamiento: *¡Cuánto me gustaría ser encerrada aquí, sin culpa!* Todo padecimiento, aun el injusto, le parecía un desagravio muy pobre y liviano ante el que había voluntariamente sufrido Cristo por el hombre. En

carne propia mostraba las palabras de Santa Teresa: “Poniendo los ojos en Cristo crucificado todo se os hará poco” (VII, *Moradas*, 4,8).

Al morir la madre Concepción una novicia dijo: “Si yo no hubiese leído los textos de nuestros santos padres y nuestras leyes, los había conocido con detalle por lo que he visto practicar a la madre Concepción tan sólo en este último año de su vida, que es cuando la he venido a conocer”. Todo en ella fue según San Juan de la Cruz: “Obrar y callar”.

Tenía una memoria prodigiosa, y en ella una enciclopedia selecta a la que recurrían todas para cualquier consulta o con la que daba consejos. Crónicas de la orden, vida y doctrina de los Santos Padres Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, costumbres de la comunidad, derecho canónico, catecismo, concilio... todo le acudía al instante y lo ponía en obra. Cuando le alababan esa potencia respondía: *Es que vuestras caridades tienen una memoria de gorrión*. Mas no era locuaz ni aleccionadora en absoluto. Procuraba pasar desapercibida, relegarse al puesto más incómodo, ínfimo o de mayor trabajo. Huía cuanto podía del locutorio, donde, como le era habitual, escuchaba mucho, hablaba poco, y transmitía muchísimo.

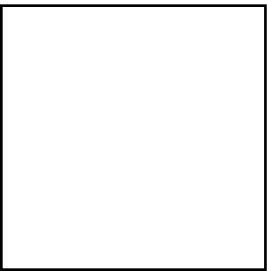


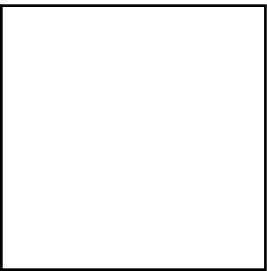


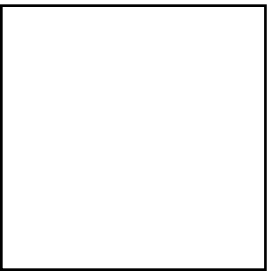


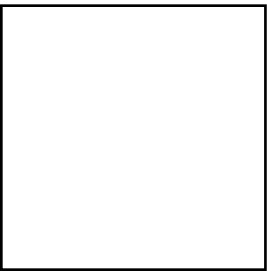












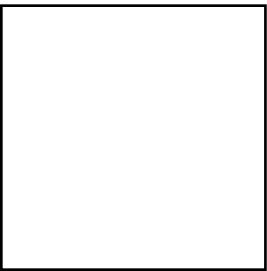
UNA NUEVA  
LUZ PARA LA  
IGLESIA

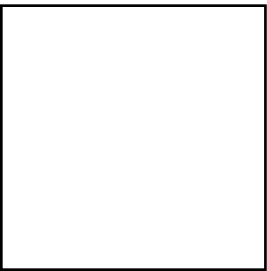


UNA NUEVA LUZ PARA LA IGLESIA









UNA NUEVA LUZ PARA LA

